



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Dios en la fila de los pecadores

Reflexiones sobre el Evangelio de Lucas 3, 15-16. 21-22 (Fiesta del Bautismo del Señor del Ciclo C – 13 de enero de 2019)



Un traje de diseño, un coche de gama muy alta y dotado con una serie de artilugios sofisticadísimos y un ambiente de lujo y ostentación son algunas de las señas de identidad del famoso espía inglés James Bond. Las películas de este personaje, creado por el novelista inglés Ian Fleming en 1953, siguen llenando las salas de cine del mundo entero y, cuando se anuncia una nueva producción, la expectativa en los fans del espía son enormes. Desde el primero -el

famoso Sean Connery- hasta el último, hay una característica que me llama mucho la atención: después de una agitada persecución o una serie de golpes impresionantes, el autor se sacude el polvo de su elegante traje y, sin despeinarse, sigue orondo su camino como si la vida le pasara de soslayo por su cuerpo.

Esta imagen contrasta enormemente con la que sugiere la escena del Bautismo de Jesús en el Jordán: el traje, el coche y el lujo de los “héroes de ficción” son reemplazados por la sencillez, la cercanía y la humildad de quien viene a ofrecer la buena noticia de la salvación y de la instauración de un modelo de vida en el que el valor supremo no es el lujo y el poder sino la dignidad de todas las personas que brota de su condición de hijos y hermanos. Permitidme centrarme en dos momentos del pasaje evangélico del Bautismo.

Dios en la fila de los pecadores... No alcanzo a imaginar la sorpresa de Juan cuando ve en la fila de quienes venían a recibir su bautismo de conversión a su primo Jesús. Aquél, de quien él decía abiertamente que “no merezco desatarle la correa de sus sandalias”, está rodeado de quienes reconocen públicamente su condición de pecadores y la sociedad señala como descartables. No sería muy descabellado imaginar un diálogo similar a este:

-Jesús, ¿qué haces aquí? ¡El bautismo que yo hago es de conversión, por lo tanto, creo que tu no pintas nada aquí!

-Juan, precisamente este es el lugar donde debo estar. Para esto he venido, para dar mi vida en rescate por todos y para reconstruir el proyecto de humanidad que soñamos con el Padre y que, desafortunadamente, ha quedado herido por la presencia del mal.

-Pero, ¿no lo podrías hacer de otra manera? Tu lugar no es aquí en la fila con los pecadores.

-Esta es mi opción y mi apuesta Juan. No entiendo una acción en favor de los pecadores sin compartir la vida con ellos. Quiero hacerme solidario con la historia de este pueblo y, haciendo mías sus luchas y sus sueños; sus alegrías y sus fracasos; sus incoherencias y sus logros, ser la luz que alumbre el nuevo amanecer de la paz, la justicia, la vida, el perdón, la misericordia y el amor.

Perdonad mi atrevimiento al poner estas torpes palabras en la boca de Jesús, pero la verdad es que no puedo ocultar la emoción que me produce ver a Jesús compartiendo la fila conmigo. Ver a un Dios que es capaz de untarse de mi lodo para ayudarme a salir de mi postración y mostrarme los senderos de la libertad. Ver a Jesús a mi lado, acogiéndome con compasión y ternura y ofreciéndome el abrazo del perdón, me deja sin palabras.

Este Dios, a diferencia de James Bond, por el que la vida parece que pasa de soslayo y no le despeina, es todo lo contrario. Dios obra la salvación desde la solidaridad con nuestra historia de pecado, asumiendo nuestra fragilidad y nuestra vulnerabilidad y, desde ese abajamiento devolvernos la dignidad que hace de nuestra vida un proyecto eternizable.

Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto... La segunda imagen que quiero resaltar es la del cielo abierto y la voz del Espíritu que le dice a Jesús: "Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto". Hay muchas y sabias interpretaciones de esta revelación del Espíritu pero quiero quedarme con la imagen. En esta escena se concreta el don del bautismo que nos trae Jesús. El de Juan, que era de conversión, es superado por este nuevo bautismo, con Espíritu Santo y fuego, que nos da el don de ser hijos en el Hijo. No creo que haya una fuente mayor de dignidad y de vida feliz que la de ser considerado hijo o hija. En efecto, el ser hijos en el Hijo nos abre las puertas a una experiencia honda de libertad y acogida pues nuestra condición de servidumbre, causada por el quiebre de nuestra relación con Dios y los hermanos, ha sido rescatada por la generosidad del Padre a través de su Hijo.

Qué alegría y que gozo experimentamos cuando, en medio de nuestra fragilidad, estando en la fila de los pecadores escuchamos de los labios de Dios: Tú eres mi hijo, tú eres mi hija, te amo.